

Saúl Taborda y el *comunalismo*: una fórmula histórico-política para un país confederal

Ana Clarisa Agüero

Diego García

Rosas fue sepultado en execración.

¿Sepultado? Pero ¿qué es esa sombra de sangre que sale del
Senado e invade el cielo de Santa Fe?

“La sombra ensangrentada”, *Facundo*, n° 3, 1935

En 1935, Saúl Taborda iniciaba en Córdoba la publicación de *Facundo (Crítica y polémica)*, suerte de revista de autor en la que intentaba desplegar su mirada del momento argentino y precisar los lineamientos de una propuesta social integral. Moldeada por la tradición utópica y alimentada por modelos contemporáneos, la invocación *facúndica* de esa propuesta venía a subrayar su inscripción en un largo dilema y su carácter de solución nativa para una crisis que Taborda entendía prolongada y de escala occidental. Si el problema no era nuevo, lo eran las circunstancias, y eran estas las que inclinaban a buscar el antídoto en la nación y la historia. Por lo demás, las alternativas bebían de fuentes distantes, que Taborda exploraba con marcada liberalidad, como solía hacer respecto de un sistema muy amplio de referencias intelectuales y políticas.

Ante la visibilidad nacional ofrecida por la Reforma Universitaria cordobesa, de la que fuera referente central, Taborda comparte en los años treinta el retraimiento local de la mayor parte de sus congéneres.¹ Identificado antes con fuerzas entre progresistas y radicalizadas, su colocación resulta ahora menos clara dentro de ese mismo espacio, en el que se cruzan acusaciones de fascismo, reválidas algo bucólicas y audiencias bastante esquivas. Este es el momento de *Facundo*, revista atravesada por las complejidades de una época y de un personaje cuya extrañeza relativa quisiéramos someter a ciertas hipótesis generales de lectura.

La primera hace a la aludida novedad de las circunstancias, ya que es posible sugerir que la forma que para Taborda asume la crisis argentina en 1935 es la de una convergencia, menos nueva que particularmente aguda, de tres grandes factores: la agresividad del capitalismo, la exacerbación del Estado y la identificación de este con Buenos Aires. Motivos

antiguos recrudescen así ante una coyuntura marcada por la avanzada del Estado nacional en todos los planos: político, legal, impositivo, educativo.

La segunda hipótesis es relativa al *comunalismo federalista*, la fórmula ofrecida por Taborda, en la que es posible ver un intento de solución estimulado por otras búsquedas nacionales, frente a la acordada crisis del orden burgués. Es también un modelo muy hospitalario a referencias y experiencias pasadas y presentes: de Proudhon a Kropotkin y el sóviet, del idealismo alemán a la II República española, todo trabaja sobre una inquietud de mediana duración, que permite pensar a Taborda en la estela de cierto *reformismo radical* y señalar en eso un hilo continuo entre los años diez y treinta. Un reformismo socialista, anticapitalista, antiestatista y anticlerical, que otorga relieve a la dimensión moral y cultural y concibe su afán transformador como revolucionario, aunque descarte la revolución como vía.²

Una tercera hipótesis apunta al lugar de la historia, invocada por el motivo *facúndico*, subordinada a la política y también sede de cierta originalidad. Sin sobrestimar el valor concedido a ese motivo, integrado a la dialéctica *tradición/revolución*, todo el razonamiento político se funda en una datación novedosa del drama argentino, que es a la vez una discusión con Alberdi y Sarmiento, con la Nueva Escuela Histórica y con el revisionismo nacionalista.

La cuarta hipótesis hace al suceso de su propuesta en tanto propuesta integral, que naufragó entre el malentendido y la irrelevancia, sin impedir a Taborda acompañar experiencias de otro orden. Muchas cosas parecen incidir en el limitado eco de esa propuesta en cualquier escala: retracción de la tradición liberal, aislamiento político, retraimiento intelectual, ajuste relativo del modelo, falta de anclaje social. La contracara de ese fracaso fue su actuación específica en los gobiernos de Amadeo Sabattini y Santiago del Castillo, en los que desplegó la faceta educativo-cultural por la que al fin trascendería. Desgajada de aquella propuesta, esa trascendencia resulta tan parcial como local, algo que, frente a la nacionalización/continentalización de los años diez, también sugiere un fin de ciclo reformista más general.

UN ENIGMA INVERTIDO

Es más fuerte que todo convencionalismo la sospecha de que Barranca Yaco encierra un secreto que importa develar, y de que el tesonero silencio que lo rodea es un silencio grávido

de problemas que afectan a los destinos comunes.
 “Meditación de Barranca Yaco”, *Facundo*, n° 1, 1935

Entre 1918, año de sus difundidas *Reflexiones sobre el ideal político de América*, y 1935, en que aparece *Facundo*, Taborda modifica sensiblemente su lectura del pasado argentino. Se aleja del panteón unitario-liberal, revalida datos del federalismo, privilegia la dimensión nacional respecto de la americana y avanza en la reconsideración del legado español, colocado ahora en relación nutritiva con el pasado y el presente del país. El desplazamiento guarda cierta congruencia con su creciente retracción de la tradición liberal también en el plano político, pero no se agota en ella. En perspectiva, sobre una inquietud histórica y política sostenida se acumulan novedades significativas, que abrevan de muchas fuentes.

Las grandes líneas del razonamiento histórico de Taborda se condensan en los primeros números de *Facundo* y vacilan entre el esfuerzo genético y la analogía ejemplificadora.³ A cien años del asesinato de Quiroga, su rol tutelar deriva de una significativa inversión del *enigma* sarmientino: si el caudillo guarda algún “secreto y clave”, este es menos el de la convulsa vida política del país que el de lo auténticamente argentino, sustancia ineludible de cualquier programa. Expresión de una comunidad política local y concreta, marcada por la voluntad de autonomía y moldeada por el legado hispánico, el caudillo no es el problema sino la solución. Negando esto, dice Taborda respecto de Sarmiento, “*Facundo* se negó a sí mismo [...] en un duelo paradójal consigo mismo”.⁴

Más que la novedad de la revisión –en la que gravita David Peña–, lo interesante es que ella promueve una serie de apreciaciones históricas originales, comenzando por la datación del drama argentino.⁵ Porque si Quiroga era la cifra de una precisa sustancia nacional –lo *facúndico*–, era su muerte y no su vida lo que instalaba la efectiva cesura respecto de una *voluntad de ser* colectiva, desplegada en la historia. Barranca Yaco, paraje/momento del asesinato de Facundo, viene así a datar el origen de aquel drama donde otros, los historiadores liberales y los revisionistas contemporáneos, veían continuidad. Allí habría comenzado, según Taborda, el largo desvío que escindió constitución histórica y política, democracia y representación, y explicaba la encrucijada presente: la crisis del parlamento y los partidos, el intervencionismo nacional sobre las provincias, la entrega refrendada en el tratado Roca-Runciman.

Esa datación original del desvío argentino tiene otras consecuencias. De ella se desprende que, entre las ciudades coloniales, la revolución en que habrían proyectado su vocación autonómica (la “voluntad de

Mayo”) y Facundo Quiroga hay una continuidad orgánica, a la que vendría a oponerse otra continuidad artificial: Rosas, responsable presunto del crimen y cifra del avasallamiento de las provincias; Alberdi, con su constitución desajustada; 1935, remate lineal del desvío en su conjunto. Así, mientras que en las *Reflexiones*, de 1918, Rivadavia, Lavalle y Sarmiento eran parejamente reivindicados (uno como artífice de la enfiteusis, sistema más temprano y atinado que el de George, el otro como hombre de “delicada sensibilidad” que “creyó conjurar” nuestros males “fusilando un caudillo” y el tercero como agudo visionario de la tragedia histórica argentina), en *Facundo* esa ponderación mengua, en beneficio de un legado autonómico epitomizado por Quiroga.⁶ Rosas, en cambio, que en 1918 era sinónimo de la restauración de una impugnada España, ahora representa la anulación del legado hispánico en lo que se le concede de nutritivo: la implantación de ciudades y villas, ámbitos primarios de creación de comunidad, ligadas a una tradición autonómica que se asocia sin conflicto a Alfonso el Sabio, sus *Partidas* y el “derecho del común”.

La *comuna*, los *caudillos*, la cultura, son presentados como las “estructuras concretas” en que se expresa el *genio nativo* de raíz hispánica; lo propiamente *facúndico*, truncado por el asesinato de Quiroga. De eso resulta que la *dictadura* rosista preparó, en lugar de dilatar, la constitución desajustada consagrada en 1853: *constitución política* que se opone a la *histórico-social*: “Desde hace un siglo arrastramos una vida falsificada”, dice Taborda (n° 1, 13). La distinción no era nueva; estaba en las propias *Bases* alberdianas, se esbozaba en las *Reflexiones* y reaparecerá también en Bernardo Canal Feijóo. Reactivada en los años treinta y articulada de maneras diversas, señala bien la idea de un desorden que viene del pasado, sentido en particular desde fuera de Buenos Aires.⁷ Podría añadirse, incluso, que esa visión dicotómica se encadenaba a aquella que, fundada en la oposición entre civilización y barbarie, sugería que la *crisis* era el estado normal de la historia argentina. De allí, dice Halperin Donghi, que cada instancia percibida como crítica y privada de futuro reactive la figura del *caudillo*, más como un dato de la memoria que de la historia.⁸

¿Casualidad o causalidad entre Barranca Yaco y 1935?, se pregunta Taborda en el primer número de *Facundo*, y en esto hay menos que una inquietud propia de la historiografía y más que una exclusiva de la política. De hecho, en la breve vida de la revista, Taborda polemiza con Ricardo Levene y su proyecto de *Historia argentina*; discute con el revisionismo nacionalista, “peregrinos de la Vuelta de Obligado”; acusa pobreza filosófica en la historiografía porteña ordinaria y dialoga con José Luis

Romero, a quien vincula a las “nuevas corrientes historiográficas”, como con Claudio Sánchez Albornoz.

La reválida de España, antes identificada con el feudalismo y el latifundismo, debe tanto a esos diálogos como al viaje europeo, revelador emotivo de un lazo histórico y cultural facilitado por la España *nueva* (la de la resistencia a Primo de Rivera y la de la II República y su tragedia, conectadas por la figura de su amigo, el escultor Emiliano Barral). Si en lo inmediato Taborda debió sustituir a Carlos Astrada en la dirección de la revista *Clarín*, conducto local de las vanguardias estéticas, la inquietud española creció, algo sensible en su tardía valorización del tronco hispanocriollo, también aguijoneada por la efusión hispanista del nacionalismo. Así, el *alma nacional* que en las *Reflexiones* buscaba referentes remotos en los cantones suizos, identificados con una democracia pastoril de libre acceso a la tierra y formas plebiscitarias,⁹ tuvo en *Facundo* sus piezas concretas en las comunas de origen colonial, sedes de “lo político” y ámbitos presuntos de democracia directa; por esta razón, centro del modelo.

CRISIS Y CRÍTICA

Una crisis profunda disloca los fundamentos del mundo contemporáneo.

La crisis espiritual y el ideario argentino, 1933

El trabajo de la crítica cultural y política de Taborda se despliega sobre un diagnóstico recurrente, ya presente en los años diez, que se extiende a nuevas dimensiones y sufre cambios significativos a lo largo de la década de 1930. “El hecho cierto y decisivo es que *toda* la civilización está en crisis”, dice en su respuesta a un cuestionario de la revista *Nosotros* en 1936. Y agrega: “Con guerra o sin guerra, el drama contemporáneo radica en que todos los fundamentos de la vida occidental han sido ya juzgados y hallados falsos”. Esa recurrencia señala un primer dato que destaca del extendido consenso en torno al diagnóstico: la crisis no es un intervalo irracional o un momento pasajero, al que le seguiría otro de recuperación y estabilidad, sino un estado profundo que se prolonga en el tiempo, que tiñe progresivamente de pesimismo la imagen del futuro. Y ese tono se impone más allá de “la posibilidad de recuperación”, que identifica como la otra cara del desajuste entre ideas y proceso vital.

La caracterización de la crisis como crisis de civilización (“con guerra o sin guerra”) era, por otro lado, compartida por un sector de la intelectualidad que remitía de modo impreciso a la –todavía– “nueva generación” de la Reforma Universitaria. Una muestra de esto es el manifiesto del Frente de Afirmación del Nuevo Orden Espiritual (FANOE), escrito por Taborda en 1932 y suscripto, entre otros, por Carlos Astrada, Francisco y José Luis Romero, José Babini, Luis Juan Guerrero, Juan Mantovani, Luis Aznar, Horacio Coppola y Jorge Romero Brest. Indicativo de un mundo de relaciones que Taborda no pierde pero cuyo apoyo sucesivo le resultará esquivo, interesa subrayar dos puntos de ese manifiesto. En primer lugar, el contenido fundamentalmente “espiritual” adjudicado a la crisis, que pasaría desapercibido para muchos:

Asistimos así al paradójico espectáculo de movimientos, partidos y hombres de auténtico fervor revolucionario en cuestiones económicas y políticas, que sin embargo profesan un hermético conservadorismo en lo cultural.¹⁰

Si el planteo es universal, el reclamo se dirige a un destinatario específico: los sectores ubicados a la izquierda del arco político. En segundo lugar, la idea de que la solución debe encararse “atendiendo a las características de la realidad americana y a las circunstancias nacionales”; en especial, si se considera la incapacidad “creadora” de los sectores dirigentes, orientados por “elementos aislados de la cultura europea”.

Esa doble dimensión es la que encontramos aludida en el título de la extensa conferencia dada el año siguiente en la Universidad Nacional del Litoral, “La crisis espiritual y el ideario argentino”, en la que Taborda desarrolla e intenta precisar su idea de la crisis en un espacio de referencias más amplio. Sin embargo, apenas establecido junto a Valéry que “una civilización tiene la fragilidad de una vida”, el escenario lo domina la delimitación de la situación y los problemas singulares del “ideario argentino”. Un rápido recorrido por la vida política de los últimos años, en el que pasa revista a los acontecimientos con un esquema que se sostiene en el desfasaje siempre renovado entre fuerzas vitales y formas culturales e ideas, le sirve para detenerse en uno de los puntos centrales de la conferencia: el divorcio entre “hombre de ideas” y pueblo. El apoliticismo de los intelectuales argentinos indica la actualidad de la razón del reformismo universitario; la alternancia en el poder de falsas soluciones –el radicalismo, los gobiernos de los años treinta– agravó la situación: excluidos de los asuntos públicos, los intelectuales sólo son convocados

por el Partido Socialista, portador de un sistema de ideas “alejadas de la vida”, que no está a la altura de los tiempos. “La crisis espiritual” pasa así de la exégesis a la convocatoria: es un llamado a los intelectuales, con el objetivo de enfrentar la baja de tensión política, para que se conviertan en hombres de acción, se involucren en los asuntos públicos e intenten comprender –para luego orientar– el flujo vital del pueblo. Pero si es sencillo identificar los destinatarios del mensaje así como el lugar que deberían ocupar, menos claro resulta determinar los rasgos específicos de la propuesta; puede imaginarse por contraste, a partir de la precisión que asume la crítica de las alternativas inviables, y este es otro de los puntos centrales de la conferencia. En efecto, Taborda desarrolla su oposición frontal y sin contemplaciones a las instituciones centrales de la democracia liberal: el Estado, el parlamento y los partidos, acusados de subordinarse a la economía y ser meros instrumentos del capitalismo, abandonando así sus funciones primigenias de representación. Meras ficciones, perdieron su razón de ser. “¿La fórmula? No poseo la fórmula salvadora. Nadie la posee todavía; pero muchos la buscan”, aclara Taborda, al sospechar impaciencia en el público.¹¹ Su búsqueda está orientada a recuperar una “democracia funcional” que sea expresión de la soberanía popular y de la voluntad nacional.¹² Un camino guiado por el ejemplo de Fichte y por el retorno al “hombre precapitalista” de raíces hispanas, que está, según Taborda, en la base de nuestra nacionalidad. Las consignas son claras (antiliberalismo, anticapitalismo, democracia radical, voluntad nacional); el camino a transitar, no. La propuesta política, a pesar de carecer de nitidez, se resuelve en unos términos morales según los cuales el reparto y la distribución (de poder político, de recursos económicos, de nuevas ideas) enfrentarían y derrotarían la desigualdad de la apropiación capitalista. En esa alternativa aparece todo lo que, a la vez, acerca y aleja a Taborda del marxismo.

COMUNALISMO FEDERALISTA

Desde que las nacionalidades se han mostrado impotentes para realizar esa totalidad que signa de innegable grandeza el orden medieval, vamos cayendo en la cuenta de que la idea totalitaria de las grandes épocas históricas sólo es realizable en la comunidad local, ajustada, y definida como recíproca responsabilidad del individuo y de su grupo. El sesgo de nues-

tro tiempo es por eso el de un federalismo basado en estructuras políticas locales, servido y fundamentado por la concepción soviética, cuya vigencia es inevitable e inminente.

“Meditación de Barranca Yaco”, *Facundo*, n° 1, 1935

En 1936, Taborda precipita en el n° 4 de *Facundo* una efectiva propuesta política. Lo hace bajo la forma de un “Temario del comunismo federalista”, fórmula que distingue tanto del unitarismo como del federalismo, juzgados artificiales respecto de la constitución histórica del país.¹³ El gesto reedita, cien años después, la operación proyectiva encarnada por Sarmiento o Alberdi, y esto tanto en el sentido de esa doble distancia frente a los “partidos” e identidades decimonónicas cuanto en el del intento de corregir el derrotero de la revolución a partir de una reconsideración histórico-cultural. De allí que los interlocutores persistentes sean más esas dos figuras, responsabilizadas de gran parte del desvío, que aquellos viejos partidos, finalmente asimilados en un común derrotero *unitario*.

También en esta dimensión proyectiva es posible advertir continuidades significativas entre el “Temario” y las intervenciones de Taborda en 1918 (los puntos programáticos que cerraban las *Reflexiones* o el “Programa” de la Asociación Córdoba Libre).¹⁴ Con variado énfasis, en todos esos textos conviven datos de anarquismo, socialismo utópico, georgismo, vitalismo, marxismo e idealismo alemán de varias especies. A la vez, hay deslizamientos: en el “Temario” recrudescen el anticapitalismo y la vocación popular, se tensa el antiestatismo, declinan el georgismo y el rivadavianismo, ascienden la cuestión educativo-cultural y la inquietud nacional. La diferencia más notable parece, sin embargo, la ausencia de fuerzas sociales simpáticas a la propuesta, algo que contrasta con el suceso de sus predecesoras en el ciclo de movilización de 1918 y la acerca más a una utopía orientadora, un modelo en busca de sujeto, que a un programa preciso.

Fundado en las ya señaladas lectura de la historia argentina y caracterización de la *crisis*, el punto de partida del “Temario” es la necesidad de modificar la organización institucional del país conforme la “voluntad histórica” del pueblo, es decir, de resolver la brecha entre constitución social y política. Las *comunas*, “estructuras concretas de lo facúndico esencial”, devienen así el centro de un modelo precisado por una serie de proposiciones políticas, económico-financieras, jurídicas, sociales, pedagógicas y religiosas.

A nivel orgánico, el mandato imperativo de las *comunas* se proyecta en una representación mínima *provincial*, y esta, en el *Estado federal comu-*

nalista, organismo articulador muy limitado por la exigencia de ratificación comunal. Pese al marcado privilegio de las instancias deliberativas (los consejos locales y federal), ese Estado distingue funciones ejecutiva y judicial, estando todos los ámbitos operativos sujetos a voto directo, renovación y revocabilidad. Hasta donde vemos, el esquema mixtura al menos una matriz proudhoniana (sistematizada en *El principio federativo* y acaso filtrada por el Kropotkin de *El apoyo mutuo*, de 1902) y otra soviética, declarada.¹⁵ En el privilegio insistente de la comuna, Taborda es más proudhoniano o kropotkiniano que sovieta; en la organización de la economía, como se verá, más lo último que lo primero, ya que el Estado federalista asume funciones que no parece poder asumir ninguna otra instancia cooperativa o mutualista.¹⁶ Pese a lo sensible de las deudas, Taborda insiste en fundar su propio modelo en la historia ante todo, es decir, en aquel fondo comunal hispánico negado por Barranca Yaco. En todo caso, ese intento de hallar una fórmula nacional fundada en la instancia de máxima coincidencia entre soberanía y grupo-territorio (la *comuna*) es, junto al momento de su formulación y el modo de administrar los antecedentes, lo más original de este Taborda.

Pero esa operación sugiere otras cuestiones interesantes. La obliteración de la referencia más próxima, por ejemplo, la de las autonomías y experiencias confederales efectivas del Río de la Plata, comenzando por la artiguista. O la relativa inmersión de un mundo de referencias que parece estar muy activo en Taborda, el de la España republicana en la que Francisco Largo Caballero había llamado a adaptar la revolución al país (“no podemos copiar a Rusia, pero sí recoger algunas de sus enseñanzas”) y Andreu Nin había defendido tanto la universalidad del modelo ofrecido por el *sóviet* (o uno análogo a él) cuanto su diversidad concreta. En ese sentido parece ir la celebración de los “términos precisos” de Julián Besteiro: “Me interesa la verdadera revolución”. Una que lleve a construir “una sociedad sin explotadores ni explotados”, “desde el fondo del alma popular –entraña de la historia–” (*Facundo*, nº 4, 85). Por eso el modelo va de la fuente comunal de la soberanía al Estado federal comunalista. Y por eso también la *revolución* de Taborda tiene una buena dosis moral y cultural.

Sin postular la abolición del capitalismo, las proposiciones económico-sociales del “Temario” buscan limitarlo severamente al señalar la necesidad de colocar las fuerzas productivas al servicio de las comunas a través de medidas de racionalización. La cuestión de la tierra ilustra bien esa orientación general, manifiesta en la prohibición de enajenar la tierra pública, el encargo de explotarla a los poderes constituidos y la caduci-

dad de la propiedad privada en variadas situaciones (deuda, ilegitimidad de la adquisición o necesidad pública). La enfiteusis que en 1918 Taborda juzgaba la solución más avanzada frente al problema de la tierra pública, se limita aquí a aquellos casos en que la explotación comunal no pueda cumplirse.

La “economía comunalista” se completa con la condena del monopolio, la sujeción de la actividad bancaria y financiera a la producción y el comercio (lo que implica la gradual extinción del interés) y la limitación de las exportaciones al saldo excedente. Es el Estado federal comunalista quien tiene a su cargo las relaciones exteriores, también comerciales, así como el control de comunicaciones y transportes y el establecimiento de una política fiscal homogénea. El capital extranjero queda subordinado a las mismas condiciones que el nativo, pero no resulta abolido. Y aunque también aquí resuena Proudhon, con su ataque al monopolio y su idea de armonización de trabajo y capital, el papel económico racional de la comuna y el Estado federal comunalista los acerca a la experiencia rusa; una suerte de Nueva Política Económica leninista, pero llamada a ser definitiva. Visto en detalle, el modelo resulta más gradual que como conjunto: “Agreguemos que la transición puede ser tan poco traumática como se desee”, había anotado Proudhon.¹⁷

Las proposiciones jurídicas, religiosas, relativas a la prensa y la protección social son desarrolladas brevemente pero sustantivamente. El conjunto prefigura un único tipo de hombre, un trabajador de alguna especie, que devuelve a un amplio universo de utopías y proyectos, subrayando la importancia del *sujeto* de la transformación. Las proposiciones “docentes” dialogan con esto, y privilegian la atención a todo el proceso formativo y la adaptación de los planes de estudio a las comunas, con sus notas materiales, morales y culturales (“espirituales”, inclusive, dice Taborda). Esa inquietud integral, que habilita una reválida de los burgos medievales muy próxima a Kropotkin, halla en la comuna el microcosmos más apto para el desenvolvimiento del *hombre total*.

Sólo tres definiciones datadas, muy relevantes, aparecen en el “Temario”. La primera es la negativa a participar de la Sociedad de las Naciones, considerada contraria al derecho de autodeterminación de los pueblos. La segunda, la defensa del reconocimiento formal de la República de los Sóviets. La tercera, la adscripción al “frente único contra el fascismo y la reacción imperialista” (82). Conviene recordarlo.

MALENTENDIDO, IRRELEVANCIA Y FUTURO DEL COMUNALISMO

Los nietos de los derrotados en Adua lavan la vieja afrenta
 masacrando, con heroísmo fascista, mujeres y niños etíopes.
 (Se cree que Ginebra tomará severas medidas. El pacto de la
 Liga no es una tira de papel.)
 “Pantomima de Ginebra”, *Facundo*, n° 3, 1935

En 1934, Saúl Taborda y Carlos Astrada sufrieron el embate de un sector de la izquierda comunista que, adjudicándoles un manifiesto que el primero negaría, los sindicaba de filofascistas. La atribución se engarzaba a una interpretación análoga del manifiesto del FANOE, desatendiendo la abierta y recurrente impugnación del fascismo por Taborda.¹⁸ Aunque otras intervenciones, entre ellas la de Gregorio Bermann, vinieron a discutir esa lectura, es difícil no ver allí una reacción de la izquierda orgánica ante los términos en que Taborda había contrapuesto izquierdismo político y reacción cultural. Si a esto se suma una nueva estación de su crítica al Partido Socialista, se advierte que aquel espacio de ideas del que Taborda sin duda creía participar no era la arena más amena para sus planteos. Un primer dato es, entonces, su marcada falta de interlocutores, creciente desde 1932.

Dentro de un campo político en franca polarización, Taborda intentó instalar una propuesta cultivada en soledad, marcada por ciertos anacronismo y excentricidad y plena de datos controversiales: distancia de la tradición liberal, espiritualismo, inquietud nacional, *sovietismo*, resonancias corporativas. A la izquierda del espectro político, más que su reivindicación de las formas directas de la democracia y populares de la historia y la cultura, pesó su incongruencia con la democracia liberal, con el comunismo o el socialismo *in toto*. Respecto del nacionalismo, aunque el suelo antiliberal favoreció que alguien como Ramón Doll leyerá y discutiera a Taborda con interés, gentileza devuelta, los límites del intercambio eran claros: “El César de polenta sale de una ópera italiana y pasea un DO de pecho en el tinglado de Europa”, anota Taborda en “Pantomima de Ginebra”, en el mismo número en que revalida al marxismo como fundamento de una de las mayores transformaciones de la historia (*Facundo*, n° 3, 65).

Frente a la irrelevancia práctica de su propuesta integral, Taborda mantendrá el tipo de intervención específica habilitado por su reformismo (flexible y ansioso de “hombres de ideas”) desde años atrás. En 1931, proscripto el radicalismo, había avalado la Alianza Civil que postuló a

Deodoro Roca y Gregorio Bermann a la intendencia y gobernación de Córdoba, respectivamente; un gesto que traducía bien su constante reconocimiento de la figura central de esa alianza, Lisandro de la Torre. Ya en 1937 un anudamiento semejante lo empujaría a la función pública bajo gobierno radical. El gobernador Amadeo Sabattini lo integra a la Comisión Oficial de Turismo de la Provincia, encargada de proyectar una ley específica, y lo vincula al proyecto de la Escuela Normal, cuyo Instituto Pedagógico llegaría a dirigir bajo el gobierno de Santiago del Castillo.¹⁹ Visto globalmente, se advierte que una zona de diálogo abierta a finales de los años diez, hecha de viejos y nuevos radicales “rojos”, demócrata-progresistas y socialistas, se prolonga en la década de 1930; algo que no repugna al *comunalismo federalista* como no lo había hecho antes con el proudhoniano-georgista-anarquista que pudo ser Taborda. El reformismo universitario es uno de los canales de esa reorganización de acuerdos en circunstancias tan distintas, sin duda favorecida por la *isla* democrática que la Córdoba sabattinista quiso ser; isla donde también se vería la pervivencia en política de una centralidad que la provincia había perdido en el plano intelectual.

En todo caso, si allí el acuerdo no podía implicar el conjunto del modelo comunalista y estaba condenado a recortarse, parece indudable que incidió al menos en el creciente protagonismo del tema de la ciudad, y el medio urbano en general, como ámbito para la política posible. En este orden, podría postularse una acumulación de mediana duración, hecha al calor del reformismo, que encadenó la experiencia de la Liga del Sur santafecina, la búsqueda asociativa de Córdoba Libre, la candidatura de Roca y el comunalismo *facúndico* a la problematización de pueblos y ciudades, tal como mostrará la revista *Las Comunas* en 1939.²⁰ Sin duda, de la ciudad de las *Reflexiones* (*forma de vida* o paradigma de una filosofía de la historia) a la mirada analítica y planificadora de esa revista hay una transformación sustantiva, que incluye el aspecto político de la cuestión; pero ambas emergen, al cabo, del mismo espacio social.

No será esa, sin embargo, la dimensión por la que Taborda trascienda, sino la educativa. Y aunque su actividad docente había comenzado con la propia reforma –en la Universidad del Litoral (1920) y en el breve rectorado del Colegio Nacional de La Plata (1921)–, fue su viaje europeo, iniciado en 1923, lo que lo determinó en este sentido. Cursos de filosofía y pedagogía en varias universidades (Marburgo, Viena, Zúrich y París) ampliaron sensiblemente su universo de referencias y convencieron a Taborda de la potencia de ese último campo, en plena consolidación. Puesto que son los mismos años en que va acumulando su enciclope-

dia comunalista, no sorprende que en la revista *Facundo* esos elementos aparezcan integrados, y que esto ofrezca la oportunidad de continuar su largo diálogo con Sarmiento desde una perspectiva novedosa. Así, si la insistencia en el carácter *espiritual* de la crisis de Occidente parece prolongar los debates sobre la crisis de la *bildung*, lo que irá madurando entre el viaje y *Facundo* es la idea de que, también en el plano educativo, Sarmiento identificó el problema pero erró la solución; en lugar de explorar en su propio pasado comunalista, tomó la vía imitativa y se perdió, razón por la cual los *Recuerdos de provincia* se imponen a *Educación popular* (“ideario del orden docente que reemplazó al orden docente comunal”; *Facundo*, n° 5, 95).

Frente a eso, Taborda define su propio ideal educativo en el mismo sentido en que piensa el individuo y la sociedad, como entidades integrales guiadas por un ánimo de totalidad. La inquietud moral-cultural es así reconducida a “la formación del hombre concreto, total y omnidimensional” que identifica con la comuna (*Facundo*, n° 5, 92), por lo que la atención a todos los niveles de formación convive, como vimos, con la de expresar cabalmente esa esencia. Sin duda, la pedagogía pudo parecer a Taborda un modo superlativo de adelantar la “verdadera revolución”. Y, en rigor, logró alimentar al menos un proyecto normalista holístico en el que convivirían ciencias y humanidades, artes y oficios. Desgajado del modelo comunalista, sin embargo, el reformismo de Taborda declina de otro modo, proyectando una especialidad donde había una búsqueda político-intelectual integral y denunciando las escasas consecuencias de una inquietud que se había querido nacional. El golpe de 1943, su muerte en 1944, las cesantías impuestas luego por el peronismo en la Escuela Normal sugieren, no obstante, un *final de ciclo reformista* bastante más general. Y también una nueva vida de la *crisis* que sólo los recién llegados podían entender como reciente.